

# EPOCA DE elecciones





**Patricia Aylwin**

**La vocación de la política**

# Tras la patria "justa y buena"

*Patricio Aylwin ha sido una figura central de la política chilena en los últimos treinta años. Ahora encarna a una generación que quiere cerrar la brecha abierta en la convivencia nacional, que siente el deber de redimirse a sí misma y al país.*

ASCANIO CAVALLO

La primera vez que Patricio Aylwin Azócar escuchó el grito rítmico de "Se siente, se siente, Aylwin Presidente" fue en una madrugada atípica, en la que estaba despierto mucho más allá de su hora acostumbrada: la del 6 de octubre de 1988.

Ocurrió cuando, minutos después de anunciar el triunfo del No, cruzó desde la casa de la Concertación hasta la sede del Partido Demócrata Cristiano, en Carmen 8, y lo encabezaron opositores que habían visto con emoción mal contenida la sobria aparición de Aylwin en la televisión.

El los hizo callar con gesto cortante y se concentró por un rato más en la oficina. Es probable que esta reacción revelase, por sí misma, que el tema había ya rondado por la cabeza del político previsor que hay en él; es seguro que en su familia esa posibilidad había fulgurado, como un relámpago, entre los hijos más cercanos a la política, por lo menos desde septiembre.

Aylwin sentía que su función era la de ser el vocero de la Concertación y que ese papel,



encontró de inmediato con el escollo del propio PDC, en el seno del cual comenzaban a levantarse otras precandidaturas.

Pero el sábado 22 de octubre de 1988, el grito resurgió, ahora en Talagante, en la Junta Nacional de dos días que realizó ese partido: "Se siente, se siente, Aylwin Presidente".

Ya no era una aclamación espontánea. Todo un sector del PDC, el llamado de "Los Guatones", levantaba la voz para que su liderazgo fuera el de la transición. Esa noche Aylwin admitió que el grito lo había emocionado, a pesar de que en la Junta se impugnó la aclamación y él mismo prefirió que se convocase a una nueva reunión para dirimir entre varias precandidaturas.

Se aproximaban los momentos más duros. La elección de delegados para la Junta Nacional fue convocada para el 27 de noviembre. El día anterior, sábado, Aylwin cumplía 70 años: la fiesta familiar fue, sin embargo, interrumpida por dos cartas en las que Gabriel Valdés y Eduardo Frei Ruiz-Tagle, sus

ya suficientemente pesado, como lo había dicho al ganar las elecciones a la presidencia del PDC, era incompatible con la candidatura presidencial. La familia, por razones distintas, tendía a pensar lo mismo: un hombre de hogar, de hijos, de nietos, de tardes de domingo y noches apacibles, perdería esos preciosos tesoros en la locura de una campaña. ¡Y en los años de abuelo, en la laguna dorada!

Ahora, cuando tanta agua ha corrido bajo los puentes, los Aylwin han presentado que todo

*Entusiasmos de la campaña: a su lado, Leonor Oyarzún.*

esto era en verdad inevitable, que —como les dijo un amigo, a la hora de comida, en esos días de cavilaciones— no tenían derecho a torcer el curso de la historia.

Después de todo, como quiera que se lo aprecie, a Patricio Aylwin le tocaba representar y encarnar la continuidad de la República, el viejo y poderoso tronco que hiciera de puente para cruzar la brecha abierta en

las tradiciones democráticas del país.

Aylwin se ha convencido también.

Y él, que se define providencialista, lo atribuye a la Providencia. Quizás es un nombre distinto para una exigencia histórica, cuyo misterioso designio comenzó en 1973, cuando lo eligieron presidente del PDC en la hora dramática de la crisis institucional, y fue cerrando el círculo

en 1987, cuando volvió a ese puesto.

### **Abrazo en Talagante**

Por cierto, Aylwin no supo que esa misma noche del 5, dos hombres que no son de su partido, Enrique Correa (PPD) y Ricardo Solari (PS Almeyda), habían decidido iniciar una operación para conseguir su proclamación. La iniciativa se

comenzó muchos meses antes, declaraban que había anomalías en el padrón electoral.

La votación dio mayoría de delegados a Aylwin. Pero las impugnaciones de los otros sectores desestabilizaron el proceso y el PDC entró en una desgarradora lucha de acusaciones y desafíos. El 13 de diciembre, Aylwin ofreció su renuncia a la precandidatura, lo que acarrió las renuncias sucesivas de Valdés y Frei.

En las extenuantes negociaciones que siguieron, entraron dos nuevas precandidaturas: las



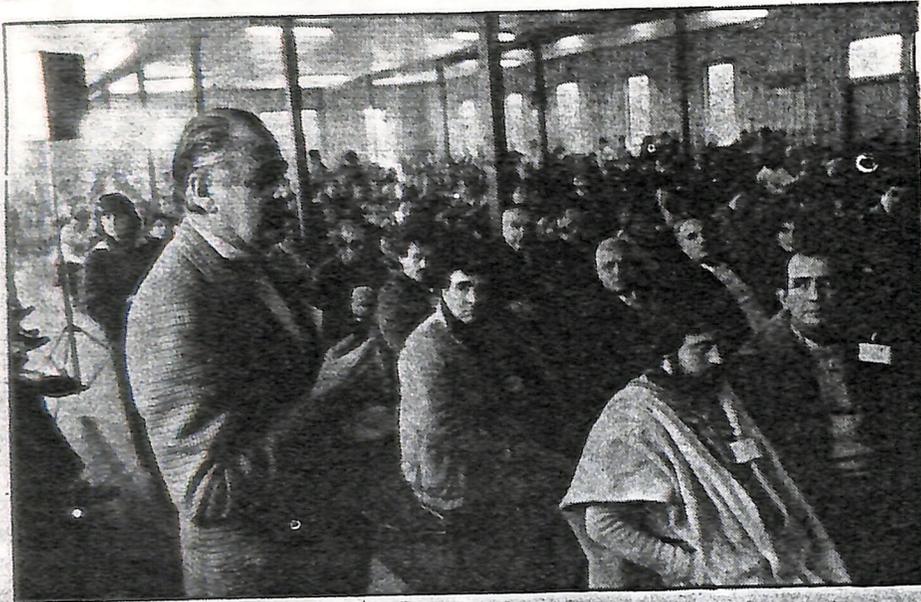
*Con su madre, Laura Azócar.*



*La Junta del 87: abrazo con Ricardo Hormazábal.*



*El niño Patricio: tranquilo, estudioso.*



La Junta en Talagante: una decisión crucial.

Con el ministro Cáceres: negociando las reformas.

de Andrés Zaldívar y Sergio Molina, ambas en torno a la idea de un consenso que evitara enfrentamientos mayores en el PDC.

Pero, de alguna manera, el PDC sabía que no se jugaba sólo su propio destino, sino probablemente el de la transición. El peso de esa responsabilidad tuvo que ver en el cese de la guerrilla interna durante enero; Aylwin, que había tomado la firme decisión de no involucrarse más, fue persuadido con energía e insistencia de que debía afrontar la nueva situación.

El 5 de febrero terminó todo. La Junta Nacional se reunió de nuevo en Talagante y apagó los últimos esfuerzos por prolongar el proceso.

Ya al amanecer, mientras se agudizaban los debates por el sistema de votación, Gabriel Valdés se abrió paso entre el tumulto, subió a la mesa de la presidencia y, en un gesto que ninguno de los presentes olvidará jamás, dio un abrazo a Aylwin y lo proclamó ganador. Sobre la marcha se produjo la unanimidad.

la creencia de que todo se puede manipular, sino el realismo para conocer las posibilidades y la credibilidad para ejercerlas.

No hay nada exagerado en esto. Aylwin ha estado presente en *todas* las operaciones políticas de envergadura en los últimos 35 años, y ha sido protagonista principalísimo de ellas en las pasadas dos décadas.

Su generación constituía el relevo natural de los que introdujeron en Chile la política de los partidos de masas y que los llevaron al poder bajo la égida de un carisma personalizado y arrollador, desde Ibáñez hasta Frei, desde Alessandri hasta Allende.

Cuando parecía que el largo paréntesis del régimen militar iba a suspender los fueros de esa generación, héla aquí: levantando las convicciones de toda una vida, sacando fuerzas de la edad y la experiencia, encabezando la más delicada transición que le haya tocado al país, procurando la redención de sí mismos y los demás.

Por eso no es raro que Aylwin



El senador Aylwin: en 1969.

Gran parte de ese período fue ocupado por las tratativas parlamentarias, destinadas a ajustarse a la ley electoral. Cuando se fue despejando el clima, sucesivamente resignaron las precandidaturas Eugenio Velasco, Enrique Silva Cimma y Alejandro Hales. Más tarde harían lo mismo, desde fuera de la Concerta-

cia perduró.

Don Miguel despertó tempranamente a la política. Fue activo militante del Partido Liberal, dirigente de su juventud y orador fogoso.

En esa etapa de su vida conoció a doña Laura Azócar, hija de una familia de clase media de San Fernando, en la que se había desarrollado un temperamento emprendedor y desafiantemente moderno para sus tiempos. Sus tres hermanos (Guillermo, Carlos y Luis) serían más tarde hombres notorios; ella daría las virtudes de una cultura excepcional, inquieta, progresista.

Poco después del nacimiento del primer hijo, Patricio, don Miguel enfermó de tuberculosis.

Se trataba de un mal terminal: fue desahuciado. Pero doña Laura buscó y buscó, hasta que halló un raro sanatorio en el valle del Elqui, en Diaguitas. Tras un año de permanencia en ese lugar, don Miguel vivió su desestimada recuperación.

Entonces decidió abandonar el ejercicio privado de la profes-

cionar con quebradizas manos.

Hay quien sostiene que la quinta le sirvió a don Miguel para marcar la distancia —social y moral— del juez ante su tarea.

Era uno de esos magistrados de antes, austeros hasta el rigor, formados en el orgullo de la ley, que sentían que la majestad de su oficio no debía ser mancillada por las amistades, las presiones ni los favores. La quinta se convirtió en una manera de poner atajo a los desvíos mundanos.

### Pitazo al amanecer

Después de varios años sin nuevos hijos —perdieron uno, llamado Andrés, a poco de nacer— vinieron los otros cuatro: Carmen, que decidió consagrar su vida y obtuvo los votos a punta de tenacidad, manteniendo su estado laical; Arturo, que ejerce como fiscal de la Contraloría; Tomás, que es abogado en la empresa privada; y Andrés, también abogado y ahora candidato a diputado precisamente por San Bernardo.

Don Miguel desarrolló en la quinta, semi rural, un apretado

nimidad.

Increíblemente, diez meses después no hay en el PDC huella ninguna de esas refriegas en las que la derecha pronosticó toda clase de fracturas. El frenesí de la campaña restañó las últimas heridas y el PDC puso a andar la misteriosa maquinaria de su mística para aceptar, como un solo hombre, el liderazgo de Aylwin.

Alguno de sus hijos opina que todo esto es pasajero, que "no hay que pasarse películas" y que no existe *aylwinismo* en un sentido propio. Es un exceso de modestia: Aylwin ha desatado a su alrededor un fenómeno que no se consume en las filas demócratacristianas; los políticos de derecha que apostaban a que la Concertación terminaría enfrentada entre varias candidaturas, constatan ahora con sorpresa la emergente fuerza de un líder que no estaba en sus cálculos.

Para ser un hombre tan racional, tan formado en el Derecho y la docencia, tan distante de los desbordes, el fervor que se ha levantado a su alrededor resulta insólito. El mismo se sorprende de que las giras se convirtieran en un ejercicio agotador debido a que tanta gente quiere tocarlo, sólo tocarlo, como si ese hecho saciara una sed de ser vistos, escuchados, entendidos...

### Una generación de pie

En pocos días la candidatura de Aylwin pasó a representar la recuperación de la política como un ejercicio de negociación y consenso.

Así como a la DC le gusta hablar de "la mejor de nuestras espadas", no hay quien no le atribuya a Aylwin una formidable "muñeca". Sin embargo, es un atributo equívoco: lo que caracteriza a esta "muñeca" no es

Por eso no es raro que Aylwin prefiera esa invención suya que constituye hasta ahora la mejor frase de la campaña: "La patria justa y buena para todos".

Aylwin representa los dolores y las esperanzas de esos hombres: Clodomiro Almeyda, Narciso Irureta, Enrique Silva Cimma, Eugenio Velasco, Felipe Herrera... y todos los que, a la vuelta de muchas vicisitudes, después de haberse combatido y acompañado en inesperadas trincheras, se sienten responsables de lo que ha pasado y lo que debe pasar en Chile.

Varios de esos hombres fueron precandidatos de la Concertación en el proceso de negociaciones que tuvo lugar entre febrero y julio de este año.

mo, desde fuera de la Concertación, Carlos Martínez Sotomayor y el doctor Fernando Monckeberg.

### Paz en San Bernardo

Patricio Aylwin nació en 1918, en Viña del Mar.

Su padre, don Miguel Aylwin, fue profesor normalista, profesor de Historia y Geografía y luego abogado.

La suya era la tercera generación de los Aylwin en Chile. Dos antepasados habían llegado, en la primera mitad del siglo 19, desde los verdes valles de Gales. Uno vivió en Coquimbo y no tuvo hijos hombres: allí murió esa vertiente; el otro se radicó en Constitución y su descendencia

el ejercicio privado de la profesión, que había comenzado en Valparaíso, e ingresó, en busca de una vida más metódica, regular y tranquila, a la carrera judicial.

Primero fue relator de la Corte de Valparaíso, pero muy pronto lo trasladaron a la Corte de Valdivia. En 1929 fue nombrado miembro de la Corte de Apelaciones de Santiago.

Para esa circunstancia nueva, doña Laura preparó el establecimiento definitivo de la familia. Otra vez buscó y buscó, hasta que dio con una quinta en San Bernardo, de unos diez mil metros cuadrados, sembrada de árboles frutales, atiborrada de paltos, a los que don Miguel agregaría las rosas que se dedicó a cul-

Don Miguel desarrolló en la quinta rural un apretado sentido de familia. Hasta su muerte, en 1976, exigía que hijos, nietos y bisnietos concurren los domingos al almuerzo en San Bernardo; quien no lo hiciera debía tener una excusa realmente buena para evitar el grave reproche del *pater familiae*.

La vieja piscina de la quinta, que se llenaba aparatosamente con los chorros que salían de la boca de unas leones metálicos, servía de aliciente para esas visitas masivas.

Don Miguel se convirtió luego en presidente de la Corte Suprema. Pero la investidura no cambió sus hábitos; sólo contribuyó a aumentar la popularidad entre los sambernardinios. Todavía se cuenta que no le gustaba usar el auto oficial de la Corte y que cada mañana y cada tarde se lo veía abordar el tren hacia y desde Santiago.

Contra todas las vanidades de la clase media alta, don Miguel tampoco quiso que sus hijos concurren a los colegios caros de Santiago. Prefirió formarlos en el Liceo de San Bernardo, mezclados con los hijos de los obreros del ferrocarril, de los pequeños comerciantes y de los parceleros.

La quinta estaba situada frente a la maestranza de los ferrocarriles y cada mañana los Aylwin despertaban con el primer pito de los talleres; el segundo y tercer pito los encontraba ya camino al Liceo, cruzados y mezclados con los trabajadores ferroviarios.

En la quinta desarrolló doña Laura la pasión de sus hijos por los dulces caseros; Patricio Aylwin cree encontrar allí el origen de su excéntrica afición por el dulce de camote. En la quinta cada uno de los hijos encontró su propia vocación humanista,



La familia Aylwin Azócar: Tomás, Patricio, Arturo, doña Laura, don Miguel, Carmen y Andrés.



En la quinta semi rural: tiempos de adolescencia.



La noche del 5 de octubre: "Se siente, se siente...".



El matrimonio con Leonor Oyarzún.

que Patricio Aylwin traduciría en su discurso de proclamación en el teatro Caupolicán: "Desde niño sentí que mi tarea es la justicia".

En ese lugar, Patricio, el mayor, organizó las lecturas colectivas con sus hermanos para las tardes de invierno, entre las cuales ocupó un lugar preferente Baldomero Lillo (*Subterráneo*, *Subsuelo*).

San Bernardo fue, como ha dicho Andrés Aylwin en un documental filmado por Ignacio Agüero, "una universidad de la democracia".

### Un tío en el Senado

Ese clima desarrolló el fermento de una preocupación so-

defendía el espíritu liberal, con fuerte inspiración masónica, racionalista y agnóstica, ella, católica, introducía en la casa la práctica religiosa.

Medio siglo después, resulta que la mayoría de los Aylwin vive en una decidida profesión de fe católica, hasta el grado de la misión en el caso de Carmen.

Uno de los hermanos de doña Laura afianzó el temprano interés de los Aylwin por "la cuestión social", en el lenguaje de la época. Guillermo Azócar era un hombre rutilante; vivía en ciclos de riqueza y pobreza y había sido de los primeros en envasar leche para comercializarla; era amigo de Marmaduke Grove y Eugenio González, y con las banderas del naciente Partido

acaso recogiendo de un modo material las preocupaciones de su medio, hasta organizó una iniciativa llamada "¿Cuánto pesa el kilo?", destinada a controlar balanzas y romanas de los comerciantes sambernardinos.

Se fue de la quinta para concluir las humanidades en el Internado Nacional Barros Arana. Después escogió Derecho.

### La Falange

En la Universidad de Chile brilló como uno de los intelectuales más notorios, a fines de la década del 30.

Estuvo en la cresta de la ola de los movimientos juveniles de entonces; una fuerte preocupa-

cupaciones de entonces. Su archivo, metódico, minucioso, conserva muchos de los documentos de esa juventud inquieta y expansiva.

La Academia llegó a editar una revista y hasta acogió la demanda, adelantada en 30 años, por una profunda reforma universitaria.

En la Academia estuvieron Felipe Herrera, Clodomiro Almeida, Eugenio Velasco —un rival permanente de Aylwin en las mejores notas de la Escuela de Derecho—, Juan de Dios Carmona, Aquiles Savagnac.

El encuentro con este último resultaría decisivo. Savagnac, estudiante de la UC, era militante falangista y se propuso con-

langistas que realizaban un activismo constante y persuasivo: William Thayer, Domingo Santa María, Héctor Ríos Igualt, Rodolfo Valdés Phillips.

Pero, sobre todo, allí encontró al padre Francisco Vives, formador espiritual de todos los que serían líderes en la Falange y apasionado promotor de sus proyectos sociales. El padre Vives se convirtió en una de las más poderosas fuentes de Patricio Aylwin y en el nexo ineludible para acceder a Manuel Garratón, Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Ignacio Palma: los cerebros del movimiento.

### Un tronco en Quirihue

## Un tío en el Senado

Ese clima desarrolló el fermento de una preocupación social que caracterizaría a la familia mucho más que cualquier otra cosa.

A la formación de los hijos, don Miguel aportó el estilo sobrio y los valores de la austeridad, la corrección y, sobre todo, la justicia. No es una casualidad que, salvo Carmen, todos decidieran ser abogados.

La madre dejó su huella en la cultura, en el gusto por la filosofía, en la vocación de modernidad, cambio social, progreso. Alguno de sus nietos opina ahora que ella fue la influencia determinante en la configuración del temperamento de sus hijos.

En todo caso, está claro que ella "venció" a don Miguel en el ámbito de la fe. Mientras éste

leche para comercializarla; era amigo de Marmaduke Grove y Eugenio González, y con las banderas del naciente Partido Socialista había llegado hasta el Senado. Su incendiaria oratoria sobre el cambio y las clases populares —que era la revolución de entonces— fascinaba a los niños.

Patricio Aylwin ha recordado hace poco que aquel tío marcó sus ideales de adolescencia.

Pero éstos tuvieron también un desarrollo concreto en el colegio.

Aunque, siguiendo el peregrinar de la familia, inició sus estudios en el Colegio Salesiano de Valdivia, en el Liceo de San Bernardo se convirtió en uno de los líderes. Editaba revistas, pronunciaba discursos, escribía artículos; no dejaba de estar entre los premiados de final de año. Y,

Estuvo en la cresta de la ola de los movimientos juveniles de entonces; una fuerte preocupación ideológica lo hizo buscar en fuentes múltiples un pensamiento que lo interpretara. Lector infatigable y apasionado, atravesó por las filosofías en boga, por los clásicos y por la gran literatura del siglo. Algunos de sus amigos notan, como un rasgo clave en su temperamento intelectual, que no descansa hasta tener una interpretación completa y satisfactoria de los hechos; una vez que la adquiere, la defiende con energía y se queda tranquilo consigo mismo.

Al declinar los 30, concurrió a la fundación, con un grupo de compañeros, de la Academia Jurídica, que reunió a estudiantes de las universidades de Chile y Católica y se convirtió en un foco de irradiación de las preo-

resultaría decisivo. Savagnac, estudiante de la UC, era militante falangista y se propuso convencer a Aylwin para que tomara contacto con los grupos de Acción Católica y de la Juventud Conservadora en los que germinaba el nuevo partido.

Aylwin había pasado por un período de agnosticismo y duda, al parecer bajo la constatación de que la Iglesia Católica chilena no hacía la defensa del cambio y de los pobres que las encíclicas sociales pregonaban. Aunque el cardenal José María Caro había traído viento fresco al Arzobispado de Santiago, la Curia seguía siendo eminentemente conservadora.

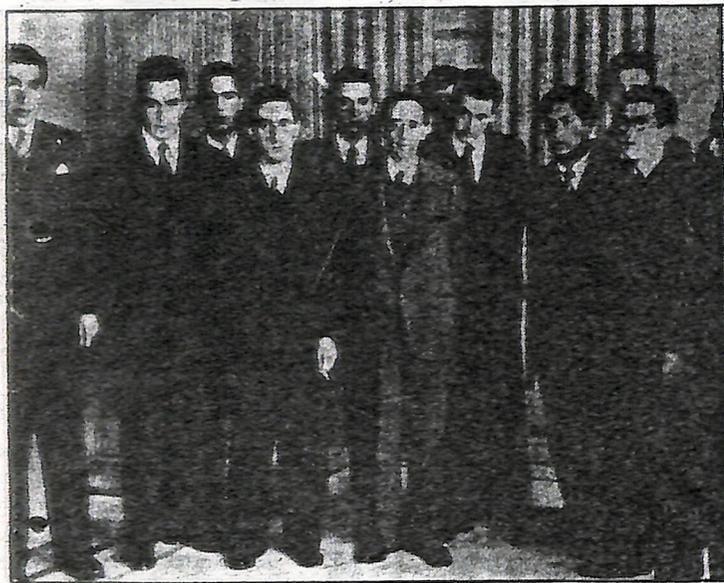
Savagnac llevó a Aylwin hasta la Juventud de Acción Católica, que se expandía bajo la inspiración del padre Alberto Hurtado. Allí conoció a otros jóvenes fa-

## Un tronco en Quirihue

Aquellos encuentros devinieron en un proceso lento, cauteloso. En el grupo de sus amigos, Aylwin dudaba aún entre el socialcristianismo que estos jóvenes promovían y el socialismo que emergía en el mundo como un manantial de justicia.

Clodomiro Almeyda recuerda que su tío Aniceto los llamaba "catorce despistados en busca de partido" y añade nombres: Arturo Matte Alessandri, Andrés Aylwin, Manuel Matus, Raúl Alcáino, Aníbal Pinto, Octavio Marfán, Gonzalo Villaseca. Las discusiones se realizaban casi regularmente en la casa de Carlos Altamirano.

La revista *Zig Zag* registra, en la portada de su edición de octu-



*El grupo de Derecho: Juan de Dios Carmona, Sergio Gutiérrez Olivos, Andrés Contardo, Manuel Cruz P., el embajador Bowers, Patricio Aylwin, Roberto Infante, Alcáino, Juan Luis Sanfuentes, Narciso Irureta y César Araneda. En la foto faltan Clodomiro Almeyda y Felipe Herrera.*



*La Falange en masa: en los círculos, Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Patricio Aylwin, Tomás Reyes, Ignacio Palma, Radomiro Tomic.*

bre de 1942, una de las primeras irrupciones públicas del grupo de estudiantes de Derecho que lideraba Aylwin. En esos días, un alto funcionario del Departamento de Estado norteamericano había criticado la posición de neutralidad adoptada ante la Segunda Guerra Mundial por el Presidente radical Juan Antonio Ríos. Los estudiantes lo consideraron lesivo para la dignidad nacional y Aylwin encabezó al grupo que se fue a protestar a las puertas de la legación de EE.UU. (hoy su consulado), hasta que el embajador Bowers los recibió.

Era un mundo en pleno cambio.

Las duras lecciones de la guerra parecían augurar un futuro pacífico y luminoso para la humanidad, que se reconcentraría ahora en su progreso. Tomar posición era un imperativo.

Dos grandes amigos participaron con Aylwin de esas cavilaciones: Clodomiro Almeyda y Felipe Herrera.

Cierto verano, Almeyda invitó a un grupo a un fundo que su familia tenía en las cercanías de Quirihue. Allí, una mañana, sentados en un tronco, Aylwin encaró a su amigo. Le contó que había sentido el llamado de la fe —la iluminación providencial, preferiría él— y que esa vocación le señalaba el camino de la Falange. Ellos, los otros, que no habían pasado esa experiencia, debían entrar al Partido Socialista.

Entonces se bifurcaron los caminos.

Cuarenta años después, restañando las recíprocas heridas de carreras enfrentadas y notorias, Clodomiro Almeyda sería una figura clave en la consolidación de la estrategia propuesta por Aylwin.

En 1987, el líder del PDC visitó varias veces al ex canciller preso, en las primeras fintas

un amigo, Fernando Lobos, quién sería ese autor. Lobos ofreció contactarlos. Después de algunos meses se casaron.

La primera hija del matrimonio, Mariana, nació cuando su padre era candidato a diputado. Después vinieron Isabel, Miguel, José y Francisco.

La familia engrosó rápido, como les ha gustado siempre a los Aylwin. Hoy día tienen once nietos, el último de los cuales, María Paz, hija de Francisco, nació el 26 de mayo pasado, mientras su abuelo concluía la negociación sobre las reformas constitucionales con el ministro del Interior, Carlos Cáceres. Cuando el acuerdo quedó listo, Patricio Aylwin voló a la Clínica Santa María para tomar en brazos al último retoño. Nadie lo ocultaba: estaba emocionado.

Los mayores recuerdan la metódica y regulada preocupación del padre. Cada mañana los despertaba para salir al colegio, abría las persianas de la casa y luego los iba a dejar. Al medio-

Parral; Miguel estudió Derecho y se casó con Pamela Fernández; José, que permanece soltero (su *polola* es Andrea Ruiz-Esguide), también se tituló de abogado y se especializó en la ardorosa defensa de los derechos humanos; y Francisco, que ahora tiene 27, es periodista y se casó con María Paz Cisternas hace poco más de un año.

### Una casa alterada

La casa en que viven, en la calle Arturo Medina, de la comuna de Providencia, se fue vaciando con la emigración de los hijos, pero permaneció siempre abierta para el retorno ocasional.

Algunos de ellos recuerdan con cierta nostalgia que hasta hace poco podían entrar en ella y llegar hasta la cocina sin que nadie los notara, como si jamás se hubiesen ido.

La campaña lo cambió todo. Hubo que agregar portero electrónico; arrendar la casa conti-

no y junto al lago Llanquihue, donde no había perturbación posible... hasta que lo descubrieron.

En los días de invierno le gusta volver a Algarrobo, de cuando en cuando, en fines de semana apacibles.

Increíblemente, en lo más pesado de la campaña, en medio de programas agobiantes, pidió a sus asesores que le liberaran algunos días insospechados para partir furtivamente a la casa de la playa.

### El profesor paralelo

Los años 50 vieron la sorprendente expansión de la Falange.

Aylwin se convirtió pronto en uno de sus dirigentes más notorios y debió acostumbrarse a las durezas de la política, que entonces, mucho más que ahora, empobrecía y castigaba los ingresos de quienes se dedicaban a ella.

Inicialmente ejerció la profesión de abogado en el estudio de

de la FECh: Juan Hamilton—protestaron contra el rector Juvenal Hernández y las autoridades de la escuela bajo la imputación de que la inclinación masónica de éstas había perjudicado ex profeso a su candidato. El otro muchacho era efectivamente masón; se llamaba Enrique Silva Cimma.

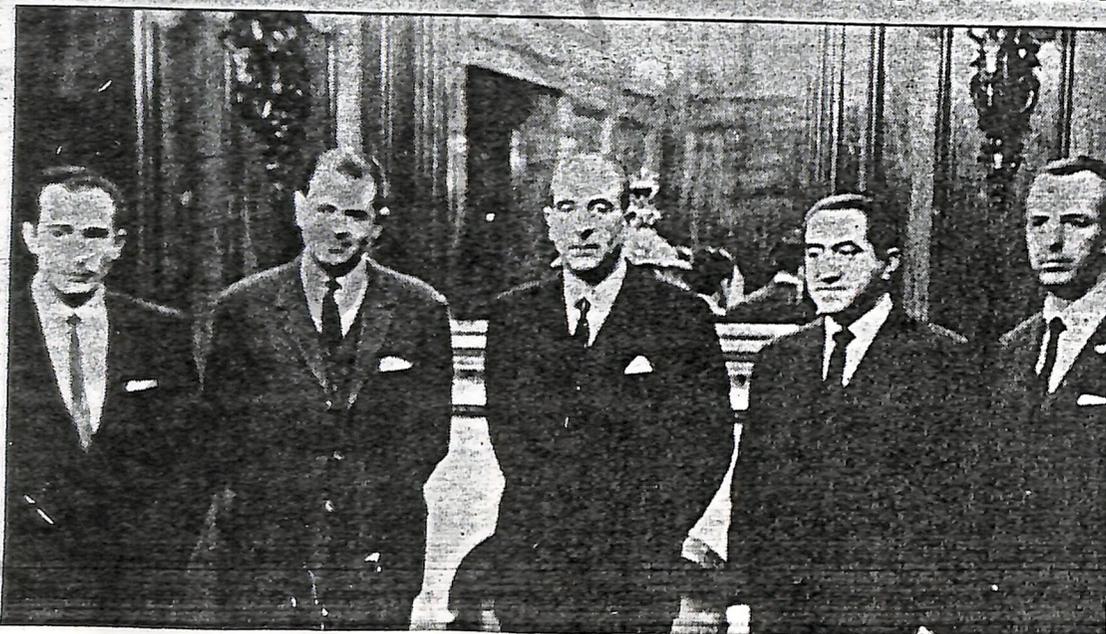
Tiempo después, cuando se abrió un segundo cupo, Aylwin consiguió la titularidad del ramo y con su nuevo amigo Silva Cimma compartió durante años cátedras paralelas de lo mismo: Derecho Administrativo. El amigo llegaría a ser contralor cuando Aylwin estaba en el Senado, y los viejos vínculos facilitarían muchas veces los trámites difíciles, los procesos engorrosos y las discusiones técnicas.

Cuando llegara la hora de encabezar la transición, Silva Cimma sería uno de los soportes de la primera operación de alianzas de gobernabilidad (la llamada "coalición chica" dirigida por el PDC y el Partido Radical), prestaría su empuje al desarrollo de la Concertación y, ya en 1989, renunciaría a su precandidatura presidencial para convertirse en el *generalísimo* del titular de la cátedra paralela, con toda la parsimonia de una complicidad de cuarenta años.

### Un récord político

Al despuntar la década del 50, Aylwin ya había llegado a la primera vicepresidencia de la Falange; en 1951 se convirtió en su presidente.

Atravesó esos años luchando por la configuración de una identidad para su partido, codo a codo con Eduardo Frei, Rado-miro Tomic, Narciso Irureta, Bernardo Leighton, Ignacio Palma. Cuando sonó la hora de las elecciones presidenciales en las cuales competirían Carlos Ibá-



para conseguir una Concertación amplia, que siguiera el camino de la legalidad y se enfrentara al régimen en las urnas. Se los veía a veces en un rincón de Capuchinos, conversando a solas, ¡con tantos años de historias! Más tarde Almeyda sería uno de los primeros en impulsar la candidatura de Aylwin.

La vida en la Falange no fue fácil, pero sí estimulante. Para ese partido nuevo, que nacía del tronco de los conservadores, pero con la íntima decisión de cambiar el mundo, todo estaba por delante.

En los falangistas de la primera hora se halla siempre ese estilo misional, de una mística a toda prueba, con aire de cofradía: si hay una diferencia entre ser falangista y ser demócrata-cristiano, ella radica en la llama fundacional que los primeros mantienen encendida.

La Falange levantó la candidatura a regidor por San Bernardo de Aylwin, y, como era costumbre para el movimiento, la perdió. En 1949, le asignó la tarea de ser candidato a diputado por el Cuarto Distrito (San Bernardo también), y volvió a perder.

### Carbón y matrimonio

Pero la carrera política no fue el único producto de las inquietudes de Aylwin. También lo fue su matrimonio, según la versión que ha transitado por años en la familia.

Cierto día de los años 40, Leonor Oyarzún Ivanovic, mujer de inquietudes sociales, hija de profesor, nacida en Antofagasta y criada en un fundo de Santa Cruz en un núcleo de seis hermanas, leyó un crudo artículo llamado *La verdad sobre el carbón*, revelando la situación de los mineros, bajo la firma de Patricio Aylwin. Ella le preguntó a



Con Frei como Presidente: a la derecha, José Musalem.



En la ONU: U Thant, secretario general, a la izquierda.

día debían esperarlo en las puertas de los colegios: no importa los cargos que tuviera, el almuerzo en conjunto era un momento intocable.

A medida que los hijos crecieron, su esposa se fue dedicando a la labor social con más intensidad. Con su hermana Mercedes, que se casó con el ex ministro Hugo Trivelli y vive a escasa distancia de los Aylwin, bajo el amparo del Instituto Carlos Casanueva creó el Grupo de Orientación Familiar Crecer, destinado a atender al desarrollo personal y de pareja.

Mariana, la primogénita, se convirtió en historiadora y se casó con un historiador, Carlos Bascuñán; Isabel optó por la asistencia social y se casó con Manuel Antonio Matta, que ahora es candidato a diputado en

guía para usarla como despacho; levantar, por indicaciones de seguridad, los muros colindantes; resignarse a que la calle Arturo Medina, que siempre tuvo dos sentidos de tránsito, quedara sólo de salida; y, como Aylwin ha insistido en que seguirá viviendo allí, aceptar que la policía empiece a preparar un completo empadronamiento y chequeo del vecindario.

A la casa en Algarrobo Aylwin dejó de ir en los veranos desde hace ya varios años; hombre de caminatas matinales, solitarias o con su mujer o sus hijos, le cansó el gentío que atiborra el litoral central en período de vacaciones.

Para evitarlo, un amigo le ayudó a descubrir el balneario de Las Cascadas, un caserío situado a los pies del volcán Osor-



Las caminatas por Algarrobo.

Raúl Varela, uno de los más connotados jurisperitos de los años 50, al que también se asociaría Eduardo Frei.

Después consiguió un puesto como profesor de Educación Cívica en el Instituto Nacional, donde permaneció por varios años. Reconocía en sí mismo, desde antes, la vocación de la docencia. En la Escuela de Derecho fue ayudante en las cátedras de Civil y Procesal. Cuando llegó la oportunidad de acceder al puesto de profesor titular, en Derecho Administrativo, postuló a las oposiciones con otro joven que llevaba una carrera de ayudante.

La disputa generó un verdadero enfrentamiento de credos; Aylwin perdió el cargo y los falangistas de Derecho —encabezados por un joven presidente

nez (con respaldo agrariolaborista y socialista), Arturo Matte (por la derecha), Pedro Enrique Alfonso (por los radicales) y Salvador Allende (por otro grupo socialista), defendió enérgicamente la tesis de que Frei debía postular en nombre de la Falange. Perdió esa vez. Por partida doble: su partido apoyó a Alfonso, y las elecciones las ganó Ibáñez.

En los años siguientes, y hasta 1989, pasaría siete veces por la testera del PDC, un *record* absoluto entre sus camaradas.

Fue una voz resonante a lo largo del gobierno de Ibáñez y luchó denodadamente en la primera candidatura presidencial de Eduardo Frei, en 1957. Ese año fue uno de los artífices de la conversión de la Falange en Partido Demócrata Cristiano. Frei no llegó al gobierno; Aylwin se transformó en un látigo del gobierno derechista de Jorge Alessandri.

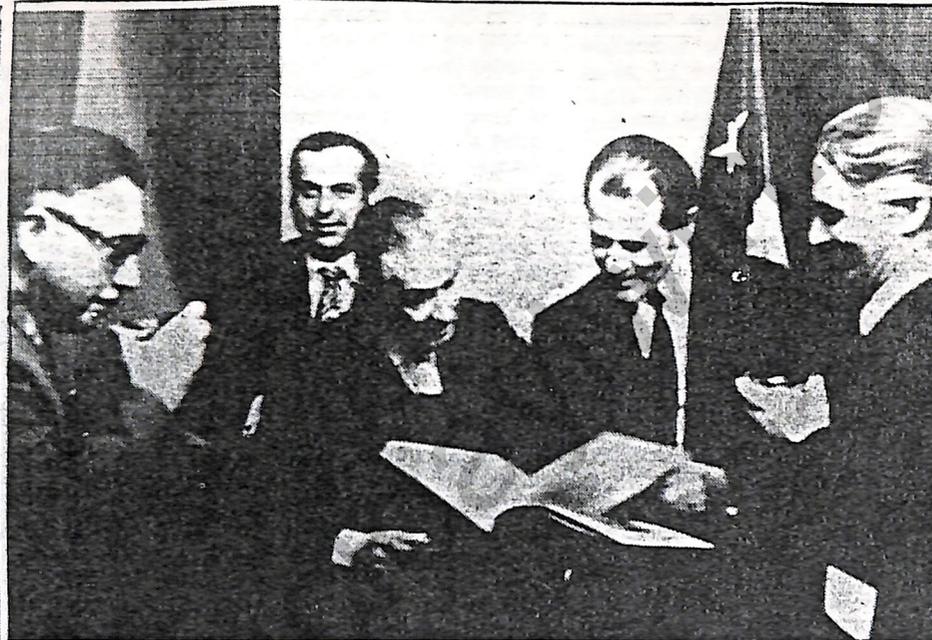
Aunque no es un hombre de reacciones emocionales, los fenómenos políticos lo sulfuran y le hacen brotar las palabras más duras si la ocasión lo aconseja. Ciertas figuras de la historia reciente de Chile suscitan esos sentimientos de una manera casi automática en Aylwin.

Cuando Frei fue elegido Presidente, en 1964, el PDC se fijó la misión de obtener una mayoría parlamentaria que respaldara a ese gobierno nuevo, experimental, que necesitaría modificar parte de la estructura legal del país para dar cauce a su política de cambios, o "de redención social", como la llamaba el debutante cardenal Raúl Silva Henríquez.

Entonces Aylwin volvió a batirse en una elección, esta vez para el Senado. La noche en que los cómputos le dieron la victoria, salió a las calles de Talca, rodeado de partidarios, llevando



La Moneda de los años 60: a los costados del Presidente Frei, los ministros Bernardo Leighton y Pedro J. Rodríguez; atrás, Aylwin.



Donación de una biblioteca al Senado, en 1971: el general Augusto Pinochet, Fernando Sanhueza, el general Ramón Cañas Montalba, Aylwin e Isidro Suárez.

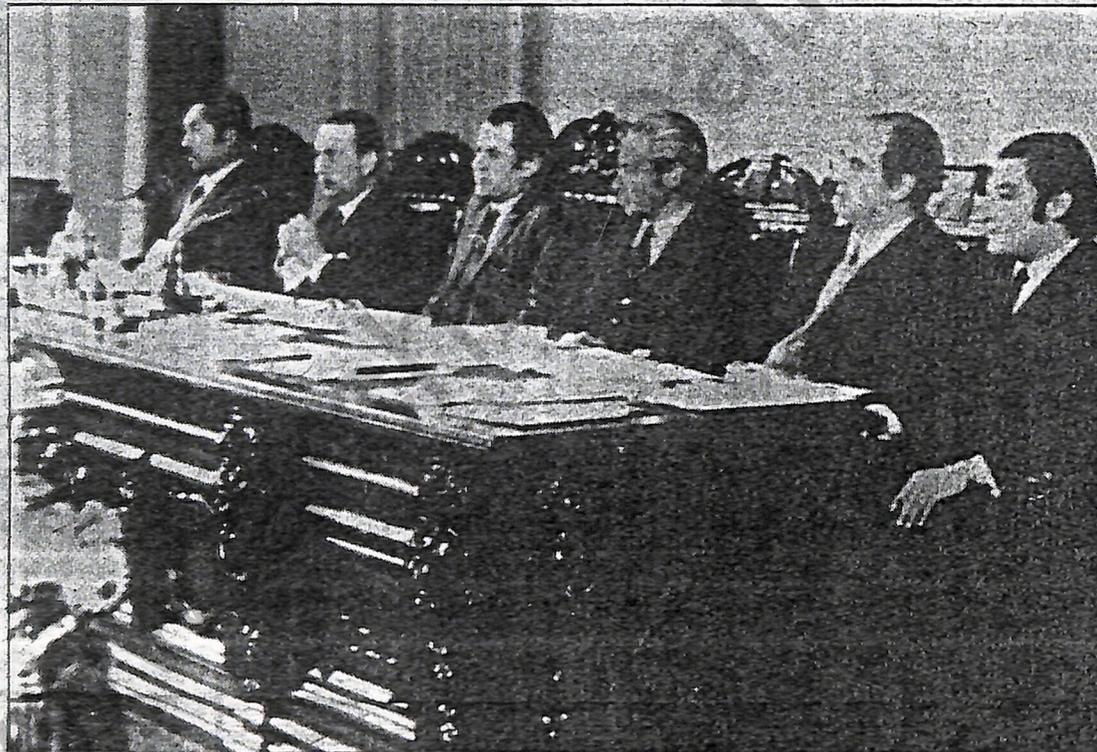
a su hijo Francisco a horcajadas sobre los hombros.

En 1967, mientras la reforma agraria se extendía por el campo y en Latinoamérica tronaban los vientos antiimperialistas, el PDC sufrió su primera crisis de identidad, luego de que el Presidente Frei pidiera la disolución de una directiva a la que consideraba hostil.

El propio Mandatario asistió a la Junta Nacional de su partido en Peñaflor para dar ese mensaje; muchos recuerdan el momento en que regresó, ya de noche, para inclinar la balanza con una voz que estalló desde el fondo de la sala: "Parece que no me exprese bien..."

Con nueva directiva se desarrolló el enfrentamiento de las tesis, encabezadas una por Aylwin (*El camino propio*) y otra por Tomic (*La unidad popular*). Se impuso la primera, pero la rebeldía en la juventud ya estaba, desatada. Los sucesos de Puerto Montt, donde la policía reprimió duramente un movimiento de pobladores, estimuló a ese sector para emitir una declaración contra el gobierno.

La sanción fue inmediata: el



Congreso Pleno para la nacionalización del cobre, en 1971: presiden Aylwin y el titular de la Cámara de Diputados, Eduardo Cerda.

un motivo recurrente que mar-

rollado amistades íntimas (ni si-

quiera podía decirse eso con

en el Congreso Pleno. Pero aquello no era ético ni posible. La propia actitud de las

Juan Enrique Miquel y otros valores jóvenes del partido.

### Fases de la tragedia

Lentamente, la oposición demócratacristiana se fue endureciendo. El Partido Nacional esperó con paciencia el inevitable acercamiento, mientras su líder, Sergio Onofre Jarpa, tronaba en la prensa contra el "intento totalitario".

Al dejar la presidencia del Senado, Aylwin pasó a ser uno de los gladiadores en la lucha abierta. Cuando Allende vetó el proyecto sobre las tres áreas de la economía (conocido como Hamilton-Fuentealba), que intentaba fijar reglas claras para la propiedad, toda esperanza de reparación se quebró. Sobre un proscenio instalado en la avenida Grecia, como único orador de la "Marcha de la Democracia", Aylwin emplazó al gobierno a realizar un plebiscito.

Que la percepción sobre la tragedia que se cernía sobre el país estaba completamente distorsionada, lo prueba bien el hecho de que Allende decidió finalmente convocar a ese plebiscito, preci-

de que el PDC dialogara con el gobierno. Luego emitió su ya histórico mensaje *La paz de Chile tiene un precio*.

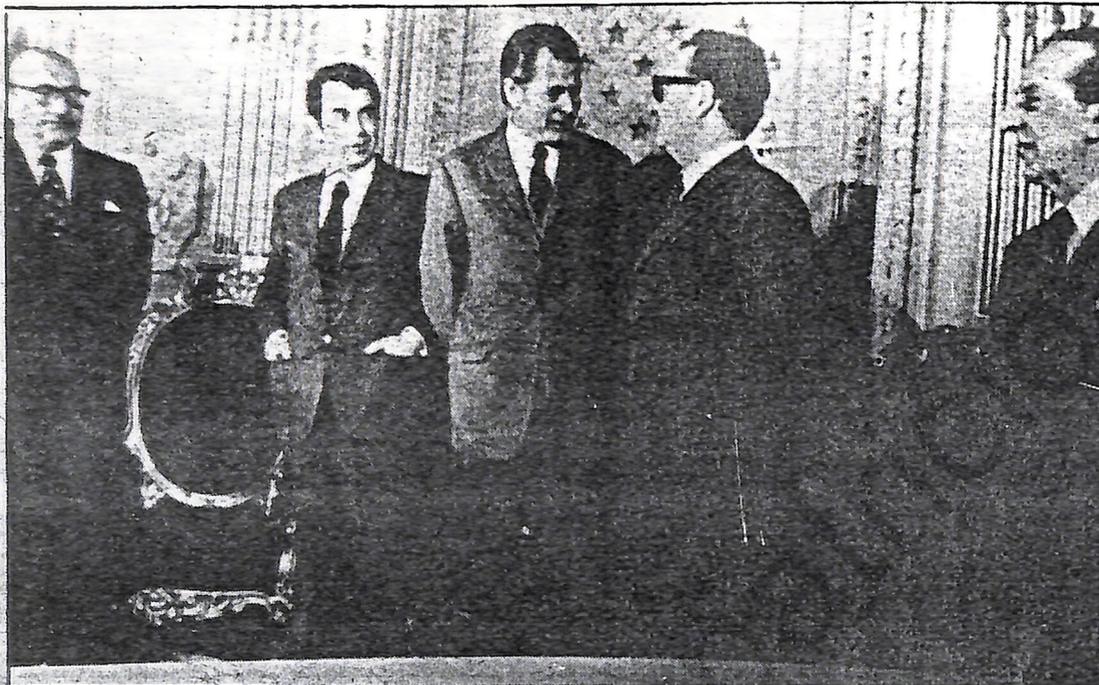
El llamado al diálogo no fue inmediatamente acogido por la UP. El Partido Comunista debió desplegar sus esfuerzos para reforzar esa gestión, en contra de la línea dura que imperaba entre los socialistas. El PDC también mostró su reticencia, en palabras del propio Aylwin: "Todo diálogo supone un intercambio de opiniones en un pie de igualdad. Nadie dialoga con la pistola al pecho. Yo no puedo sentarme a negociar con un interlocutor que me recibe con una metralleta sobre la mesa".

El PDC accedió finalmente al diálogo, sobre la base de cuatro temas: desarme, por las Fuerzas Armadas, de los grupos paramilitares; devolución de las propiedades ocupadas tras la asonada de junio; constitución de un nuevo gabinete; y promulgación de la reforma Hamilton-Fuentealba.

En la tarde del domingo 29 de julio de 1973, el sacerdote Percival Cowley llegó hasta la casa de la calle Arturo Medina, erigió un provisorio altar y presidió una misa por la paz de Chile. Los hijos de Aylwin todavía recuerdan ese momento grave y tenso en el que muchos vecinos se unieron a la familia entera (don Miguel incluido), desde el living hasta la calle.

Al día siguiente, Aylwin y el vicepresidente Osvaldo Oliguin llegaron dos veces a La Moneda para las conversaciones con Allende y sus ministros del Interior, Carlos Briones, y de Defensa, Clodomiro Almeyda. Primero, al mediodía; luego, cerca de la medianoche.

Allende se mostró partidario del desarme de los grupos paramilitares, pero no aceptó la devolución de industrias ni el nue-



El tenso momento del diálogo, en 1973: Almeyda, Oliguin, Aylwin, el Presidente Allende y Briones.



El cardenal Silva Henríquez, autografiando un libro para su amigo.

dos por la Junta Militar en pleno, en el edificio Diego Portales. El PDC había sacado una declaración oficial haciendo un diagnóstico de lo que acababa de pasar, pero un grupo de sus figuras había emitido otra, rechazando el golpe.

Cuando se sentaron frente a la Junta, advirtieron —Aylwin recordó sus palabras sobre el diálogo: era una ironía violenta— que el almirante José Toribio Merino desenfundaba la pistola y la dejaba sobre la mesa.

Pinochet, en cambio, fue notablemente cordial:

—Lo escuchamos, don Patricio—, dijo.

Aylwin había estado con él dos veces antes. La primera, dos días después del asesinato del ex ministro Edmundo Pérez Zujovic, con el Presidente Allende; Aylwin había hecho un duro in-

chet le dio la palabra al jefe de la FACH, el general Gustavo Leigh, que ensayó una dura descalificación de los políticos. La cita no tuvo resultados.

La situación empezó a deteriorarse con inaudita rapidez. La guerra desatada de los organismos de seguridad, las visibles violaciones a los derechos humanos, el clima bélico que se imponía al país, la persecución sobre los partidos, resultaban intolerables.

En enero del 74, Aylwin llamó al edecán presidencial (que lo había sido también de Allende), Sergio Badiola, y le expresó su preocupación por lo que estaba ocurriendo. Pensaba escribir una carta a Pinochet.

—¡Hágalo, don Patricio! —dijo Badiola—. ¡Sería muy bueno! Yo voy a viajar con mi general al sur, y ahí se la entrego.

Nunca tuvo respuesta.

En mayo de 1974, el ministro del Interior, el general Oscar Bonilla, ordenó la suspensión de los comentarios de radio *Balmaceda*. Cuando Aylwin protestó, Bonilla replicó con una dura carta en la que le pedía no volver a escribirle.

En noviembre, Renán Fuentealba fue arrestado y expulsado del país por comentar ante *France Presse* la detención de Claudio Huepe. En el avión que lo llevaba rumbo a un destino incierto, Fuentealba escribió una emocionada y terrible carta al presidente de su partido.

Aquellas letras golpearon a Patricio Aylwin con tanta fuerza, que una ominosa pesadumbre lo acompañaría en todo el período siguiente. Desde entonces, y por varios años, circuló con su pequeño maletín de abogado cargado de efectos personales: escobilla de dientes, toalla, documentos al día... De ese verano, el segundo que pasaron en Las Cascadas, los hijos re-

vo gabinete; sobre la reforma, propuso hacerla más adelante. Tras la última conversación, cordial (a pesar de su condición de adversarios, Aylwin y Allende se tenían un respeto superior al de otros miembros de sus partidos), el Presidente, acaso intuuyendo que las cosas iban mal, hizo una oferta:

—Veámonos más adelante. Nos juntamos a tomar un café, no más.

No hubo café.

Las conversaciones quedaron rotas y los partidos aumentaron el endurecimiento en sus filas. Vinieron tiempos duros: en algunas de esas noches, los líderes demócratacristianos abandonaron sus casas para dormir en lugares inesperados. A media-

dos de agosto, el cardenal llamó a Aylwin y le pidió que fuera a su casa para una conversación con el Presidente Allende.

A pesar de que su partido había cerrado definitivamente las compuertas, Aylwin accedió; tal vez el "por favor" del cardenal fue una insistencia irresistible.

La cita tuvo lugar el 17 de agosto y Allende se retrasó porque estaba forzando la renuncia del comandante en jefe de la Fuerza Aérea. Allende habló con confianza: necesitaba una salida. Aylwin le propuso que dejara las negociaciones en manos de Briones: con él se entendían, con él podían desenredar la madeja. La cena concluyó a las dos de la madrugada y el

cardenal se quedó con la sensación de que no habría arreglo.

Pero, en efecto, Aylwin y Briones sostuvieron reuniones durante varios días en las oficinas del Senado. Poco a poco se fueron extinguiendo: la realidad los desbordaba.

En la tarde del 10 de septiembre, Aylwin recibió la versión de que esa noche venía el golpe de Estado. No la creyó; al amanecer fue despertado por su amigo Máximo Pacheco, que le informó de lo que había empezado a ocurrir.

### El maletín

Un mes después del desastre, Aylwin y Olgún fueron reci-

terrogatorio a Eduardo Coco Paredes, para concluir diciéndole a Allende que no confiaba en Investigaciones; Pinochet, jefe de la Guarnición de Santiago, se había vuelto hacia el Presidente y le había expresado la confianza del Ejército en la policía civil. El segundo encuentro ocurrió unos meses después, cuando Pinochet asistió, en nombre del general Carlos Prats, comandante en jefe, a la donación al Senado de la biblioteca del general Rafael Cañas Montalva.

Aylwin hizo su planteamiento ante la Junta —pedía que no se disolvieran las estructuras municipales, que el receso de los partidos no fuese total, que se resolviera el problema de los numerosos detenidos— y luego Pino-

cuerdan la sombría angustia del político dolido por el espectáculo de la violencia: "No sé si el próximo año podremos vernear juntos".

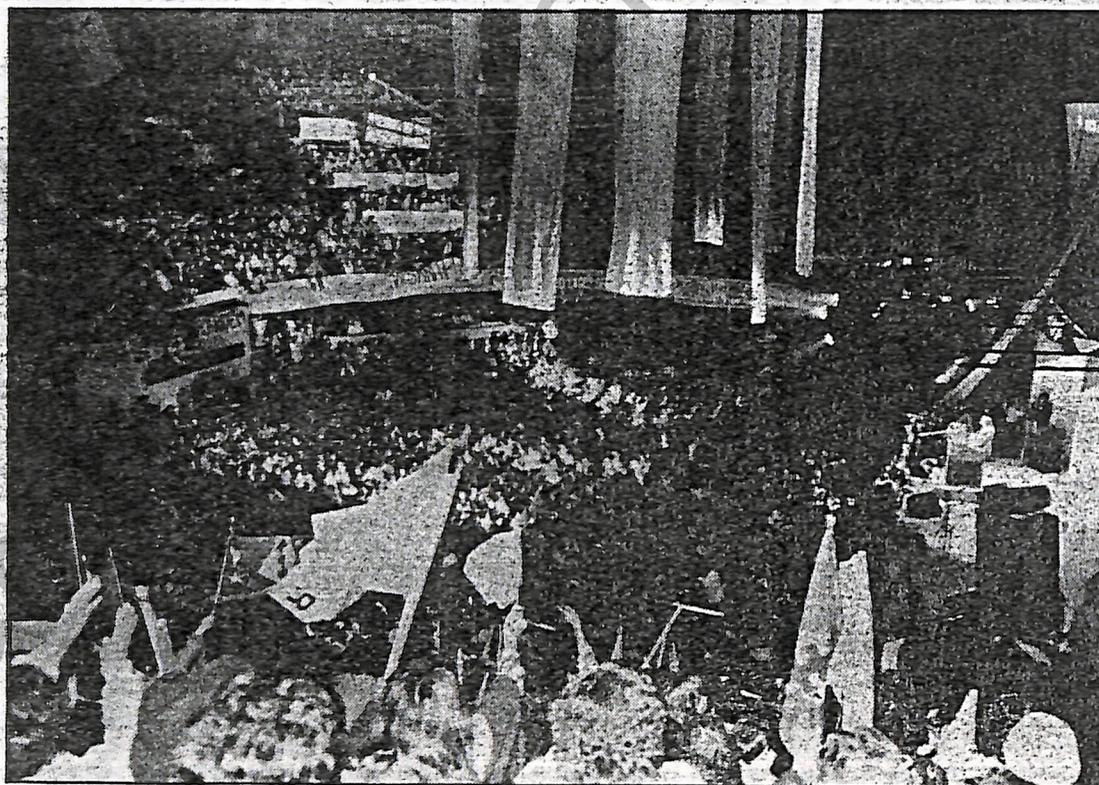
### Los 24

En 1976, abandonó la presidencia del PDC, sumido entonces en una complicada clandestinidad. Sentía que debía pasar por un período de reflexión, de estudio, de trabajo silencioso.

Se reinstaló *full time* en su oficina de abogado y —según recuerdan los hijos— trató de retomar el tenis, que había practicado desde niño. Algunas mañanas se reunía con Máximo Pacheco para ir a jugar; en otras, despertaba a sus hijos al



Renuncia Silva Cimma: abrazo de profesores alternos.



La proclamación en el Caupolicán: un "credo" para la posteridad.

Domingo 10 de diciembre de 1989



Detención en la Plaza Italia, en septiembre de 1983, junto a su hijo José Miguel: no "subió voluntariamente" al bus de Carabineros.



Cumpliendo los 71 en Algarrobo: rodeado de esposa, hijos y nietos.

alba; en otras, practicaba con Armando Cornejo. Después de un tiempo, el médico prohibió esos ejercicios.

La ausencia de la política lo afectó pesadamente. Parecía agotado, enfermo, quejoso; sus amigos dicen que pareció envejecer, porque un hombre así vibra y vive en su medio natural; fuera de él, parece una luz que se apaga.

Pero el paréntesis duró muy poco. En 1978, a la vista de que el gobierno preparaba el texto de una nueva Constitución, se sumó al Grupo de Estudios Constitucionales; después conocido como "Los 24", que se constituyó en el primer esfuerzo pluripartidista para levantar la voz en el país del silencio.

El Grupo jugaría un papel de-

del arzobispo de Santiago, Juan Francisco Fresno, se realizó con los presidentes de partidos de la AD. Pero después de tres esfuerzos, se tornó infructuoso.

La AD continuó con las protestas. En la de septiembre, en la plaza Italia, Miguel Patricio Aylwin fue arrestado por la policía. Cuando su padre fue a reclamar, lo arrestaron también. Pero Jarpa, que quería bajar a toda costa el tono de las dificultades, declaró otra cosa: "Tengo entendido que el señor Aylwin se subió voluntariamente al bus de la policía".

En julio de 1984, mientras Jarpa luchaba dentro del régimen para obtener una reforma constitucional que permitiera adelantar la instalación de un Congreso, Aylwin volvió a abrir la

hombre disponible, no sólo porque el cardenal le tenía confianza, sino porque se hallaba al margen de la lucha electoral en su partido, que para entonces enfrentaba a Gabriel Valdés con Juan Hamilton.

Aquél fue el comienzo oficial de un nuevo diálogo pluripartidista, el más amplio que jamás se había conocido en la historia chilena, para alcanzar un pacto sobre reformas políticas e institucionales: el Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia.

El gobierno bloqueó la entrada al Acuerdo y se preparó para emprender la inflexible marcha hacia el 88.

En 1987, Patricio Aylwin se integró al primer consejo de redacción de *La Epoca*, donde ac-

Aunque los rumores sobre deterioro en su salud, enfermedades misteriosas y síntomas de cansancio no dejan de divertirlo ("son cuentos de peluquerías de señoras", dice), reflejan bien el pobre conocimiento de la vocación política. Contra esos augurios, el estímulo de la tarea parece haber irradiado cierta solemnidad en el gesto de este nuevo Patricio Aylwin. Ahora inclina menos que antes los hombros y las manos inusualmente delgadas se despliegan con precisión y energía.

A su alrededor se mueven centenares de personas, distribuidas en decenas de equipos. No es un grupo: es una verdadera muchedumbre.

Hacia fines de la campaña, los equipos encargados de las muje-

pos del Senado, Chelita León, sabe que debe pasarle todo y que frecuentemente hará correcciones.

Para los discursos se le preparan minutas; es corriente que en esa tarea participen su hija Mariana, Carlos Bascañán y Marcelo Trivelli. Pero también es frecuente que tome sólo partes de ellas y desarrolle sus propios temas. El discurso de proclamación en el Caupolicán, que ha sido el nudo de su campaña, lo terminó media hora antes de comenzar el acto.

### Unir lo que está dividido

Patricio Aylwin enfrenta una de las complejas encrucijadas históricas del país. A una década del fin del siglo, ha sido puesto

en el país del silencio. El Grupo jugaría un papel determinante en la denuncia de la manipulación del plebiscito de 1980, aunque su queja no fue oída por los Tribunales.

Ese año comenzaron también las gestiones de acercamiento con figuras de la derecha disidente y de la izquierda moderada. Largas y secretas reuniones en la casa de Tomás Reyes fueron dando forma a un acuerdo que vino a cristalizar cinco años después, una tarde de febrero de 1983, con la firma del *Manifiesto Democrático*, que consolidó a la Alianza Democrática.

Para entonces, Aylwin ya había retornado a la dirección del PDC, como vicepresidente en la mesa de consenso que logró articular Gabriel Valdés.

Se aproximaban tiempos nuevos; la crisis económica y el evidente deterioro del régimen militar comenzaban a minar los proyectos de largo alcance diseñados en La Moneda.

En marzo, Aylwin e Irureta se reunieron por primera vez con un joven sindicalista que había propuesto un paro de demostración: Rodolfo Seguel. La insistencia de los dos dirigentes políticos determinó que, en lugar de ese arriesgado movimiento, se plantearan fórmulas de protesta popular.

El 11 de mayo estalló el primer *cacerolazo* generalizado, que fue seguido por el veloz auge de la oposición.

### De la apertura al diálogo

Unos meses después, Sergio Onofre Jarpa fue convocado para hacerse cargo del Ministerio del Interior.

El ex jefe del Partido Nacional asumió con la decisión de iniciar una apertura veloz y, para ello, buscó contactos que le dieran confianza en el PDC. En su breve lista estaba, otra vez, Patricio Aylwin.

El diálogo, bajo los auspicios

de la instalación de un Congreso, Aylwin volvió a abrir la puerta. Aprovechó para ello un seminario del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, titulado *Una salida política institucional para Chile*.

Allí, en compañía de su antiguo amigo Enrique Silva Cimma y de su colega en el Senado Francisco Bulnes, desarrolló la tesis sobre la Constitución el 80 como "un hecho". El propósito era destrabar el camino a un consenso: si se dejaba de discutir la legitimidad de la Carta del 80 y el eje se desplazaba hacia el debate político sobre el futuro, entonces habría grandes posibilidades de reencuentro.

Su intervención quedó registrada en los apuntes del cardenal Fresno. Al comenzar el 85, éste los volvió a analizar; los sumó a otros hechos; y, con colaboradores de confianza —José Zabala y Sergio Molina—, convocó a Aylwin a desayunar en su casa. Para ser precisos, era el

integró al primer consejo de redacción de *La Epoca*, donde actuó como un disciplinado y riguroso comentarista. A mediados de año, decidió abandonar ese puesto; postularía ahora a la presidencia del PDC, teniendo como rival a Ricardo Hormazábal. Una campaña breve, aunque intensa, le dio el triunfo y sentó el predominio de una línea política en cuyo enfoque central dominaba la idea de dar un fuerte perfil a su partido.

La resistida proposición de inscribirse según la nueva ley de partidos comenzó muy pronto a mostrar sus frutos; a comienzos de febrero del 88, los cuidadosos pasos de esa estrategia cristalizaron en la creación de la Concertación por el No.

### Las minutas, a veces

Con sus 71 años recién cumplidos, Aylwin fue verdaderamente revitalizado por la intensa campaña electoral.

Hacia fines de la campaña, los equipos encargados de las mujeres recogieron las propuestas desarrolladas en grupos de trabajo a lo largo de todo el país; al final, un grupo especial procesaría los escritos y los reduciría a una minuta, sobre la cual Aylwin pronunciaría su discurso. Pero ocurrió que todo llegó a última hora y los equipos simplemente no pudieron completar el proceso. Cuando Aylwin pidió la síntesis, no tuvieron más alternativa que entregarle un alto de carpetas y esperar con paciencia los reproches. Pero nada de eso ocurrió: el candidato se dio maña y tiempo para leer cada una de las carpetas y al día siguiente recomendó a sus especialistas algunos trabajos. Después hizo su discurso solo.

Ninguna de las cosas que salen con su firma o con su voz, desde las cartas personales hasta los discursos, dejan de ser revisados por él. La secretaria que lo viene acompañando desde los tiem-

pos del fin del siglo, ha sido puesto en un lugar que no soñó.

Lo sabe. En sus conversaciones más íntimas, esa lucidez toma ciertas resonancias evangélicas, porque, dice, se ha propuesto la misión de unir lo que está dividido.

Que su figura entronque con las grandes convulsiones de los últimos 30 años, y que en esas mismas crisis se haya cruzado una y otra vez con aquellos de quienes se separó y a los que ahora vuelve a reunir, no es algo casual.

Tal vez por eso a los publicistas les costó tanto interferir en sus hábitos cotidianos; simplemente, Aylwin ha ofrecido toda su resistencia, que es la de su trayectoria, a convertirse en un producto. La redención de las viejas heridas —una tarea que en la izquierda se siente con más fuerza cuando se oye a sus dirigentes hablar de Aylwin— no acepta ese tratamiento de *marketing*. Como ése fue el origen del *slogan* "Gana la gente", inicialmente Aylwin lo discutió; la noticia de ese debate alertó al Comando de Hernán Büchi, que pensó en tomarlo para sí. Pero cuando el candidato de la Concertación decidió aceptarlo, nunca más pudo usarse en su contra; quizás recogía algo hondamente propio.

Doña Leonor, que se opuso desde el primer momento a la candidatura, ha terminado por aceptarla, probablemente consciente de que a la larga, en el fondo, no había opción: el hombre con que se casó se ha convencido de que en su horizonte vital está viniendo desde todas partes, después de tantos años, a la vuelta de tantas vicisitudes, la "patria justa y buena".

(Copyright La Epoca. Este artículo concluye una serie de tres sobre los candidatos presidenciales).



Acto en San Bernardo: Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Andrés Aylwin, Patricio Aylwin y Bernardo Leighton.



Trajines de campaña: con su hijo Francisco y su esposa.